

SER DESPOSADAS CON JESUCRISTO NUESTRO REDENTOR

Fr. Ángel M^a Fernández de Pinedo, Ofm

En este deseo de acercarnos también a la Regla orando, vamos a detenernos en Jesucristo nuestro Redentor.

-Ser desposadas con Jesucristo nuestro Redentor-. Detenernos a contemplar a Jesucristo así: nuestro Redentor. Ayer nos parábamos en: -Jesucristo el Esposo-, El Esposo es nuestro Redentor. Es con Él, con el que se nos invita a vivir en unión, en comunión de vida, Jesucristo Redentor. Jesucristo Redentor, es el Jesucristo por nosotros y para nosotros. El Cristo por nuestra Salvación. Cristo el Redentor es el Cristo del Amor hasta el extremo, el que se da y se entrega para que tengamos vida; el que se desvive para darnos vida "Tanto amó Dios al mundo que envió a su Hijo". Tanto nos ama, tanto nos amó y nos ama Jesucristo que, quiso su vida sólo para ser nuestro Redentor. Quiso su vida para que fuera una vida para nuestro provecho, para nuestro bien, para nuestra salvación y redención. Contemplar así a Jesucristo, el que ha sido por nosotros y para nosotros, para nuestro bien y nuestra salvación.

Jesucristo Redentor es el Jesucristo del Amor, el que vive desde el amor y por el amor, el que vive anhelando nuestra plenitud y nuestra salvación. El esposo Redentor, el esposo que se entrega del todo y para todos. Desposadas con Jesucristo nuestro Redentor. Él es el Redentor en cada una de sus obras, cada una de sus palabras. Redentor cuando predicaba, Redentor cuando curaba enfermos, nuestro Redentor acogiendo pecadores, comiendo con publicanos, hablando de misericordia, practicando la compasión.

Ese es el esposo, ese Jesús que pasó haciendo el bien, ese Jesús dando vida y calor, haciendo cercano al Padre, redimiendo y salvando. Ese es el Jesucristo que, se os pone delante para que os seduzca y os enamore. El Redentor, Jesucristo Redentor, es el que en toda su vida se va encaminando hacia la Pascua, el del Amor hasta el extremo, el que dio su vida por nosotros, el de la Vida Nueva que surge de la Redención del corazón del Padre.

Jesucristo Redentor, pasó haciendo el bien y sigue acompañando nuestros pasos: curando, hablando al corazón, hablándonos de vida, de salvación, poniendo palabras salvíficas en cada uno de nuestros días, poniendo compañía salvífica en cada uno de nuestros días

El Redentor, su amor es más fuerte que nuestro pecado, su misericordia da vida nueva. Su Resurrección es regalo y Don continuos. Jesucristo es nuestra Salvación y Redención, en Él está nuestra Vida. Dejarnos abrazar por este esposo, dejarnos abrazar por el esposo que vivió así. El abrazo de este esposo acoge todo lo que somos. El abrazo de este esposo, lo envuelve todo en misericordia, porque el Redentor es ése: el que pasó acogiendo, comiendo con pecadores, compartiendo la mesa con publicanos, hablando ahí de salvación y de vida. El abrazo de este esposo envuelve todo de misericordia y de compasión, de gracia.

Desposarse con Jesucristo nuestro Redentor, abrazarse fuertemente a este Jesús para que su amor nos purifique, para que su manera de ser se nos contagie, para que su forma de estar con los demás, empiece a ser también la nuestra. Abrazarse a Jesucristo pero a éste, al Redentor, no a un Jesucristo lejano y aéreo: al Redentor; al que pasó haciendo el bien y haciéndose el último. No es fácil abrazarse a un esposo que ha escogido ser el último para que los demás tengan Vida. Ese es el esposo, el Redentor.

-Abrazarse a Jesucristo Redentor-. Abrazarse a Jesucristo Redentor, significa participar de su muerte para participar de su Resurrección, participar de su camino para participar de su vida, para participar de su servicio, para estar cercano a Él, abrazados a Él. Participar de su muerte, de su entrega amorosa, para participar de su hermosura y de su Resurrección. Abrazarse a Jesucristo Redentor, para vivir como redimidos, para vivir como resucitados y para vivir como siervos, como últimos que dan la vida por los demás y pasan haciendo el bien.

El esposo es éste, al que se nos invita a abrazarnos, es a este Jesús: al Redentor. Después en la Regla irá apareciendo la humildad y la pobreza el servicio de este Jesús. Abrazarse esponsalmente a Jesucristo a lo que Él vivió y desde donde Él vivió y como Él vivió y para eso anhelar tener su Espíritu porque, de otra forma nos vamos por caminos distintos. Anhelar tener el Espíritu del Señor, Él es el que nos va abrazar y unir al Redentor, al Esposo Redentor.

Aquí nuestra vida, como sucedió en María se hace seguimiento, seguimiento concreto y de dar la vida, seguimiento en el que nos hacemos los últimos porque recibimos mucha vida del abrazo con este Esposo. María precede y acompaña en este camino. Ella acompaña continuamente a Jesús, lo acompañó en toda su vida.

Bien, contemplar a Jesucristo nuestro Esposo el Redentor.

Hoy podemos orar primero desde el inmenso agradecimiento, agradecimiento por ser unos redimidos, unos mirados con misericordia. Unos acogidos y abrazados aún cuando éramos pecadores. Mirarnos y contemplarnos redimidos o, mirar al Redentor y sentirnos redimidos. Repetirnos: -tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo-, tanto nos amó Jesús, que por mí se hizo el último. Tanto ha hecho mi dulce esposo por mí, tanto ha deseado que tuviera vida, que se hizo el siervo.

Orar así en agradecimiento inmenso. Cuánto me ha llevado Jesús en su corazón y cuánto me lleva Jesús en su corazón. Cuánto me ha pensado Jesús en su vida y en cada momento de su vida. Cuánto me ha acogido amorosamente Jesús, cuánto me ha abrazado este esposo Redentor.

Podemos orar agradeciéndole. Agradeciendo al Señor el Redentor, contemplándonos como redimidos y salvados, bendecidos y abrazados.

En segundo lugar, podemos orar también en esta mañana y en este día contemplando a Jesucristo Redentor, tantos momentos de su vida y recordando los momentos de su vida: contemplarle curando, contemplarle aliviando, contemplarle liberando, contemplarle haciéndose el último, acogiendo, jugándose la vida por consolar a los más tristes, caminando así hacia su entrega definitiva. Contemplar así a Jesús y que esta contemplación, por una parte nos asombre y por otra parte nos atraiga y seduzca. Nos seduzca cada vez más, nuestro esposo el Redentor.

En tercer lugar podemos orar contándole a Jesús lo que nos cuesta dejarnos abrazar por Él, el Redentor, por este esposo. Contarle lo que nos cuesta desposarnos con Él, con este Cristo Redentor, contarle como nos cuesta, y nos resistimos, a aparecer como esposas del Redentor y a vivir como tales. Cómo nos cuesta poner entrega, servicio, perdernos para que los demás tengan vida, cómo nos cuesta ir al último lugar y ansiamos el primero. Contarle, contárselo a Jesús contárselo pidiéndole perdón, pidiéndole también su Espíritu, su Espíritu que ilumine y su Espíritu que nos vaya convenciendo de que éste es el camino de la vida.

En cuarto lugar podríamos orar también hoy contemplando a María, Ella sí, ella se ha abrazado a Jesucristo el Redentor, ella sí, ha caminado con Jesús y como Jesús, Ella ha sido la sierva: -he aquí la esclava del Señor- y así se ha definido Ella. Ella que fue llamada la llena de gracia, a si misma, se llamó la sierva, para seguir a

Jesús, a este Jesús. Sierva del señor y sierva toda y de todos. Contemplar a esta María y también pedirle a Ella que nos enseñe con ello a caminar detrás de Jesús, a caminar en la entrega de su Hijo, en ese ser vida para los demás. María es vida para los demás que es lo mismo que decir Madre, madre dando vida y dando la vida por sus hijos.

Desposadas con Jesucristo nuestro Redentor, abrazadas a Jesucristo nuestro Redentor, abrazándonos a el camino que recorrió y vivió Jesús, siendo nuestro Redentor, hablando así también a los demás, comunicándoles la Redención y siendo también nosotros lugares por los que vaya llegando a los demás, la Redención de Jesucristo, el alivio y su amor